



ASAMBLEA CONSTITUYENTE

ESPECIALISTA: Antonio Elizalde

PERFIL: Miembro integrante del programa Chile Sustentable y fue coordinador en ese país del Programa de Liderazgo Social, Pobreza, Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable. Es rector de la «Universidad Bolivariana de Santiago»

TEMA: Desarrollo Alternativo

MODALIDAD: Diálogo en mesas

FECHA: Marzo de 2008

LUGAR: Montecristi

UN DESARROLLO A ESCALA HUMANA

Antonio Elizalde

El concepto de desarrollo es relativamente reciente en la historia humana. Esteva sitúa su nacimiento en la administración del presidente Truman en el año 1949. Desde entonces ha sido una suerte de panacea, el equivalente de la piedra filosofal de los alquimistas, y una enorme cantidad de investigadores se han dedicado al tema, entre ellos yo.

Al cabo de un tiempo me di cuenta de que mientras los planificadores planificábamos, la vida transcurría por otro lado, alegre y lejos de lo que eran nuestras preocupaciones de planificadores. Y comencé a descubrir que detrás de esta ilusión instalada en ese discurso se ocultaban una serie de cuestiones de las que, pese a mi formación profesional y académica, no tenía plena conciencia y que más bien fui descubriendo a lo largo del tiempo.

He tenido la suerte de trabajar en el sector público, en el sector privado y, durante el periodo dictatorial, que duró 17 años en mi país, en el ámbito de las ONG; también en lo que es la cooperación internacional para el desarrollo, en las Naciones Unidas y otras agencias. Desde ahí he visto los distintos discursos que se han ido articulando en torno al tema del desarrollo.

Tenemos que hacernos una pregunta. ¿Es posible en el actual modelo de desarrollo universalizar para toda la especie humana el bienestar del que nosotros estamos disfrutando en esta mesa? Ahí radica el problema de fondo, porque es evidente que ese modelo es insustentable. Tras una experiencia que ya dura 50 años, de esfuerzos sistemáticos de los gobiernos, las sociedades, ¿qué ha producido?

El número de pobres, en términos absolutos y relativos, ha crecido. El discurso convencional respecto del desarrollo, las primeras teorías, se planteaban en términos de que era imprescindible que algunos países, algunas sociedades, que algunos grupos alcanzaran un determinado nivel de desarrollo que luego, como un efecto locomotora, de exacción, se extendiera hacia el resto, produciéndose una suerte de derrame generalizado. Esto es en parte cierto. Pero también en parte falso. Nadie puede negar los avances inconmensurables que se han dado en términos de nuestra vida material. Yo provengo de una familia humilde. Recuerdo, por ejemplo, que para bañarnos tenían que calentar agua en unos ollones y meternos allí, porque no había agua disponible en cañería.

Ha habido un cambio sustantivo. Recuerdo también que en mi infancia, mi entretención cuando iba al colegio era ir pisando charcos en la calle y quebrando la escarcha que había sobre ellos. Mis nietos ya no lo viven pues las calles están pavimentadas. Recuerdo haberles llevado al sitio más aislado donde me había tocado trabajar y llegamos a través de un camino pavimentado y en el pueblo había incluso cafés que ofrecían servicio de internet. Pero no son avances universales y han supuesto costos enormes no solamente para quienes no son incorporados, sino también para el conjunto de la humanidad que no necesariamente sabe lo que está ocurriendo.

Si, por otro lado, pensamos en todo el tema de lo que son los cambios climáticos en virtud de los cuales estamos en enorme riesgo de calentamiento global, lo que hay allí es un efecto residual, acumulado, de lo que ha sido el desarrollo pasado, cuyos beneficiarios fueron ¿500? ¿600? ¿700 millones de personas? Es decir lo que llamamos los países del Primer Mundo y muy posiblemente sólo las capas privilegiadas los países del Tercer Mundo. Digamos, generosamente, que mil millones de personas. Pero el problema de fondo es que hay 5 mil millones de personas que pagan los costos de lo que se comieron otros, que también van a tener que empezar a pagarlos.

Y qué pasa cuando el conjunto de la humanidad quiere caminar en esa dirección cuando ya ese estilo de desarrollo, ese estilo de crecimiento económico nos tiene en una situación crítica, al borde del colapso total del ecosistema planetario. Está claro, pues, que ya no es posible. Hay un instrumento de medida, bastante interesante, que ha permitido tomar conciencia del tema: la *huella ecológica* de Wackernagel, según la cual nosotros estaríamos prácticamente consumiendo un 25% más de lo que sería la posibilidad que el propio sistema nos da para consumir en términos de extracción de recursos del ecosistema planetario.

Hay ciertos ámbitos en los que esto es más evidente; por ejemplo, lo que está sucediendo con las flotas pesqueras. Muchas están inmovilizadas en sus países porque ya no tienen qué pescar. Hay un agotamiento de la biomasa pesquera que se va produciendo prácticamente con todas las especies. Recuerdo que por los años 1950 hubo una campaña masiva para incentivar a los chilenos a comer pescado en un país que tiene un litoral tan largo. Pero lo cierto es que lo único que comíamos era merluza. Hoy por hoy en Chile ya no hay merluza. Se ha vuelto un plato de lujo. Se comen otras especies, comienzan a aparecer otras biomásas como el pejeperro, la reineta, etc., que no habían sido explotadas antes.

La pregunta que tenemos que hacernos es: si se sigue produciendo este agotamiento, esta extracción indiscriminada de recursos, ¿qué posibilidades reales estamos dándoles a las generaciones futuras? Lo que a mí me angustia es que yo creo que lo que enfrentamos es de tal gravedad que en la práctica nos vamos a ver condenados inexorablemente a crecientes grados de deshumanización, de la que ya hay claras evidencias. Sólo así se explica la insensibilidad que vamos experimentando frente a las tragedias que sacuden a la humanidad. Hoy uno enciende la televisión y en algún lado ha habido una catástrofe significativa: por lo menos una vez a la semana tenemos noticias de algún evento en el cual han muerto algunas decenas o cientos de personas. Dejemos de lado la situación de Iraq donde todos los días decenas de seres humanos mueren en diversos atentados.

¿Cuál es el grado de humanidad, de respeto que podemos tener respecto de nosotros mismos cuando ocurre una tragedia frente a nuestros ojos, como ocurre en Ruanda, donde han sido asesinadas más de un millón de personas?, donde la gente paga para que lo maten de un balazo y no a machetazos, a él y a sus hijos, a ella y a sus hijos. Frente a eso las consideraciones de Estado y otras de estos intereses superiores hacen que en definitiva no hagamos nada.

En la antigua Yugoslavia obviamente intervinieron la OTAN y las Naciones Unidas. En Ruanda no. ¿A qué atribuirlo? ¿Al color de la piel? ¿A que los otros son más parecidos al perfil del ser humano definido por occidente? Blanco, escolarizado, etc. ¿Dónde estuvieron nuestras instituciones, comenzando por la Iglesia? ¿Dónde estuvimos?

El grito angustioso de Picasso cuando pinta el Guernica muestra todavía una sensibilidad que en la práctica hemos ido perdiendo. Detrás de nosotros, por decirlo de algún modo, hay algo que se ha muerto. Una incapacidad de asombro frente a lo que son las partes peores de nuestra condición humana. Y, sin embargo, nos autodenominamos civilizados.

Yo tengo mi propia opinión de lo que fueron los recientes incidentes entre Colombia y Ecuador. A mí me parece absolutamente inaceptable que haya un país en la comunidad latinoamericana de naciones que pretenda comenzar a operar con el criterio norteamericano de la guerra preventiva, a construir enemigos, a desconocer todas las normas civilizadas, las normas del derecho internacional, el respeto por la soberanía. Es inaceptable y reprobable la actitud del presidente Uribe.

Es fundamental desmontar muchas cosas. Primero, preguntarnos si el discurso sobre el desarrollo tiene validez. Hoy por hoy ya hay mucha gente de la escuela del posdesarrollo que sostiene que ese discurso fue colonizador y domesticador para poder mantener el mundo tal como está, la estructura de poder tal como está. El discurso del desarrollo es un discurso de poder. Entonces, cabe la pregunta de qué podemos hacer nosotros.

En Naciones Unidas he hablado de mi experiencia acá en Ecuador. Fui invitado por una amiga boliviano-norteamericana dos semanas antes de que cayera el presidente Mahuad. Vine a propósito de la teoría del desarrollo a escala humana, de la cual soy autor con otras personas. Muchos creen que esta teoría es una suerte de mentolatum o de parche curita que permite resolver situaciones críticas y de la que se acuerdan en momentos extremos. Es como la vía de escape de un edificio que se incendia. Me reuní con el presidente y su gabinete y luego de dos días le di mis impresiones sobre la situación, usando el título de una novela de García Márquez: *Crónica de una muerte anunciada*. Supe por mi amiga que le cayó muy mal pero, al cabo de un tiempo, descubrió que mi percepción era acertada. Para esos mismos días se había reunido con Michel de Camdessus y quería que el Fondo Monetario Internacional le permitiera hacer determinadas cosas para evitar lo que se venía. Y Camdessus le dijo no.

Esto, para decir que las restricciones y los condicionamientos con los que se opera en la política internacional son enormes. Estamos inmersos en un sistema en el que todas las piezas están encajadas. Las posibilidades de grados reales de autonomía, de soberanía hoy en el mundo son muy escasas. Así lo demuestra la experiencia histórica de nuestro continente. Yo puedo hablar desde mi condición de militante del Partido Socialista, de mi tradición familiar en esa dirección. Desde esa perspectiva, lo que se puede ver es que los gobiernos progresistas se encuentran con que no pueden escapar a un marco impuesto por los poderes fácticos internacionales, por organismos como la Organización Mundial de Comercio, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional. Y, en definitiva, contra el que logra hacerlo se ponen en marcha una serie de mecanismos para convertirlo en la oveja

negra, en el paria; se emprenden distintas operaciones de diversa índole para que esa sociedad regrese al redil.

De ahí la afirmación de que los únicos límites posibles a la globalización capitalista dominante está en el ámbito de los espacios locales. Mientras más autonomía haya en los ámbitos locales mayores posibilidades tendremos de supervivencia futura.

LA FELICIDAD INTERNA BRUTA Y EL CASINO GLOBAL

Muchas veces surge la pregunta de desarrollo para qué. Pero entonces debemos establecer un nuevo norte, en función del cual orientar nuestro esfuerzo. Hay datos interesantes en un país que se llama Bután, donde una monarquía totalitaria se ha ido constitucionalizando progresivamente. Se le ocurrió al gobernante instaurar un mecanismo de medición diferente de lo que podríamos llamar la situación socioeconómica: la *felicidad interna bruta*. Mientras sigamos midiendo el progreso, el bienestar humano, la felicidad humana mediante un indicador como es el PIB, inevitablemente nuestro concepto de desarrollo va a estar asociado al concepto de crecimiento y lo que justamente no podemos hacer es seguir creciendo. Hoy por hoy la sensatez debería llevarnos a pensar que lo que debemos lograr es la economía de estado estacionario. No podemos seguir teniendo economías cuyo objetivo sea crecer porque ya nos estamos comiendo la gallina de los huevos de oro.

Esa es la situación en la que estamos. Qué nos va a pasar ahora que se han incorporado a este estilo, a este modelo de desarrollo occidental mil cien millones de indios que antes tenían un estilo distinto, a partir de lo que fueron sus propios intentos por perfilar su propia identidad, su propia autonomía: de una economía muy anclada en el artesanado, en la pequeña producción, han pasado a producir autos. Pero también 1.300 millones de chinos están empeñados en la misma tarea. Si uno recorre la prensa internacional, las secciones económicas, vemos que el principal mercado que se está construyendo en el mundo está constituido por 240 millones de chinos. Hacen su agosto los fabricantes de autos caros. El principal mercado para la Audi, para la Mercedes-Benz, la Borgini es el mercado chino, 240 millones de chinos ricos.

A los 400, los 500 millones de europeos que de alguna manera se beneficiaron de lo que fueron los procesos de industrialización, de crecimiento y desarrollo diferencial se nos agregan de un golpe 240 millones de consumidores con ese nivel de codicia, haciéndonos enfrentar una situación dramática. De modo que Al Gore podrá seguir recorriendo el mundo en pos de controlar el calentamiento global pero éste va a continuar y va a ser inmanejable. Entonces, ¿qué es gran parte de esto que llamamos crecimiento? Todo el crecimiento reciente de la economía global es una burbuja financiera y hace mucho tiempo que estamos instalados en el *casino global*, como lo llamaba Hensel Henderson hace treinta años. Y todos estamos obligados a ser jugadores de casino. La economía global ha crecido

fundamentalmente en términos especulativos: una burbuja financiera que en determinados lugares comienza a aparecer como pinchadura a la que se le pone uno y otro parche, pero estamos al borde de una catástrofe global. Ayer un banco norteamericano, cuyo capital debe ser equivalente al de toda la banca ecuatoriana, acaba de quebrar y otro banco lo compra prácticamente pagándole nominalmente un dólar, porque se está haciendo cargo de sus pasivos, que son inconmensurables.

En definitiva, gran parte de lo que llamamos la ciencia económica se dedica a hacer ejercicios para poder “colonizar lo abundante”, como he señalado en algún trabajo; ponerle precio y volverlo escaso para poder seguir logrando el traer su dinamismo para que podamos seguir creyendo que crecemos. Hay allí una absoluta irracionalidad.

LA VENTA Y COMPRAVENTA DE ILUSIONES

Al año siguiente de haber ganado el premio de economía Amartya Sen, se lo conceden a un par de economistas norteamericanos que lo que inventan es la forma de vender humo, de obtener riqueza vendiendo humo: diseñaron un sistema para vender opciones de futuro. Qué quiere decir esto. Que yo compro 100 mil toneladas de cobre a Codelco y las tengo comprometidas sin que haya habido aún ninguna transacción financiera, sino el compromiso de comprar cobre en cuatro o cinco años más. Esa opción yo se la vendo a un tercero. En la pasada, el valor se incrementa en un 50% y este tercero se lo vende a un cuarto, con el mismo porcentaje de incremento y así sucesivamente. De modo que gran parte de las transacciones que se efectúan hoy en el mercado mundial, en la economía mundial, son venta de humo. Pero eso sin embargo nos permite mejorar los indicadores y entonces creer que estamos creciendo, cuando lo que estamos haciendo es producir una suerte de materialización de sueños, de cuentos. El equivalente de lo que en el ámbito personal nosotros llamamos “el cuento del tío” y que es una práctica generalizada a nivel de la economía global: creer que seguimos creciendo y que ese crecimiento se traduce en bienestar, se traduce en felicidad, en mejoramiento de la condición humana, y no necesariamente es así; es más bien lo contrario.

Conozco muy de cerca el caso de la economía española pues voy a España con mucha frecuencia por razones académicas. Un amigo, uno de los principales economistas ecológicos del mundo, José Manuel Naredo, ha hecho un estudio sobre el crecimiento de la oferta inmobiliaria en España, donde el sector de la construcción, de la vivienda ha crecido de modo impresionante. A tal punto lo ha hecho, que hay un superávit de viviendas del 60% y sin embargo la gente no puede acceder a ellas.

Pensemos en todo el endeudamiento que hay en el mundo, pensemos especialmente en la economía norteamericana, que es la más endeudada del planeta: lo que ellos le recetan a todo el mundo no se lo aplican a ellos mismos; a ellos el Fondo Monetario, la OMC no les

aplican lo que a los demás. Esa economía es una en la cual, en la práctica, gran parte de los bonos del tesoro están controlados por los chinos. Qué pasa si mañana los chinos deciden cobrarlos. Está claro que en la disputa por el poder mundial, bien pueden decir hasta aquí han sido ellos los dueños del poder, ahora vamos a serlo nosotros. En ese momento la catástrofe va a ser generalizada, porque no hay cómo pagar. Eso es lo que llamamos desarrollo: la venta y compraventa de ilusiones.

En esta situación que he intentado describir hay sin embargo ciertos elementos que están detrás y que tienen que ver con nosotros mismos. Nuestra civilización es una civilización suicida, caminamos hacia una suerte de suicidio colectivo. Sabemos lo que significa la elevación de uno, dos grados de la temperatura promedio del planeta pero nada hacemos por evitarla. En un libro reciente que se llama *La venganza de la tierra*, James Lovelock, el autor de *La teoría Gaia*, sostiene que a fines del siglo que recién iniciamos van a sobrevivir solamente pequeños grupos de seres humanos en el Polo Norte y en el Polo Sur: en Groenlandia y en la Antártida. Todavía estamos a tiempo de rectificar eso pero para hacerlo debemos recuperar la sensatez, la cordura. Y para ello debemos tomar conciencia de nuestras adicciones civilizatorias; por ejemplo, de nuestra adicción al confort. Hasta hoy hemos visto cómo facilitarnos la vida y en ese empeño hasta estamos perdiendo habilidades propias de la especie. Está también la adicción al consumo que acaso sea la más característica de nuestras adicciones: hay que consumir y consumir a como dé lugar. Asimismo, la adicción a la energía. Hay cifras sobre lo que ha sido el cambio en el consumo de energía por persona al pasar de determinado tipo de sociedades a la sociedad actual. El consumo de un grupo, de una etnia amazónica per cápita es del orden de unas 2.000 kilocalorías diarias mientras que el estilo de vida Howard Johnson debe estar en unas 250.000 kilocalorías por día.

Ahora bien, cómo se universaliza ese consumo, esas 250.000 kilocalorías. Si las multiplicamos por los 6.500 millones de habitantes del planeta, posiblemente éste reventaría de tanto calor. Si el mundo entero tuviese ese nivel de consumo energético, el planeta colapsaría. La adicción a la aceleración es otra. Revisemos nuestras propias prácticas con la computadora: las primeras tardaban algunos minutos en desplegar los programas, lo que nos daba tiempo para hojear un libro; las de última generación tardan quince segundos y si por algo no lo hacen en ese tiempo ya nos angustiamos, pensamos que le ha caído algún virus o que se ha echado a perder. Queremos todo ya.

Lo peor de todo es que la propia cultura en la que estamos instalados genera dispositivos para acelerar aún mucho más la velocidad a la cual consumimos. Lo humano se constituye, digamos, en la dimensión del tiempo, de la temporalidad. Desde la primera infancia se nos educa en esa dimensión: hay un tiempo para tal cosa y otro para tal otra, y es en ella donde se desarrolla nuestra condición humana.

La cultura consumista pretende más bien animalizarnos porque ni siquiera nos da tiempo para pensar qué estrategia usar para poder dar cuenta de lo que es el deseo que emerge ante nuestra conciencia. En ese contexto es donde está el tema de la aceleración.

Está, obviamente, la adicción al crecimiento, ese mito que hemos instalado en nuestro chip cultural: el de que *más*, es *mejor*. Y no siempre es así. Por ejemplo, la música es probablemente uno de los mayores placeres, uno de los mejores inventos que hemos hecho los humanos, pero la música tiene ciertos decibeles que pueden convertirla en un tormento: cuando estamos bajo unos parlantes que tienen que hacerla sonar para 100 mil personas en un concierto, entonces se sufre.

EL PRINCIPIO DE ABAJAMIENTO

Es en esa perspectiva que debemos tomar conciencia de nuestras adicciones, de los mitos y creencias que se han instalado en nosotros y que nos están llevando al suicidio colectivo del que hablaba. Eso supone establecer un nuevo sistema de creencias, una nueva moralidad, una nueva ética que, obviamente, contradicen la moralidad y la ética dominantes. Nos hemos convencido de que determinadas actitudes y comportamientos son naturales, cuando en realidad son una construcción cultural.

La primera cuestión que yo creo que es fundamental establecer como una cuestión de principio –y habrá que ver cómo se traduce incluso en términos constitucionales– es que hay que inevitablemente introducir la consideración de las leyes de la termodinámica en el ámbito ético, en el ámbito jurídico, en el ámbito político. Hay cuestiones que generan entropía, que contribuyen a la destrucción del orden de la vida, y hay otras que lo que hacen es generar mayor orden, mayor novedad, mayor información y que tienen que ver con lo humano, si pensamos en lo humano como culminación de un proceso evolutivo de la humanidad.

Una segunda idea: tenemos que instalar un concepto nuevo: una línea de dignidad. Hoy por hoy medimos la dignidad humana en términos de pobreza. Más que pobreza debemos pensar en dignidad. Hay indignidad en el subconsumo pero también hay indignidad en el sobreconsumo. Cuando entendamos eso podremos ir moderando la adicción al consumo. Hay formas de consumo indignas para la especie humana, que no pueden darse. Pensemos, por ejemplo, en los baños de leche, en las cremas que se usan con propósitos eróticos, y que contienen proteínas que son indispensables para la supervivencia de otros.

Un tercer principio que deriva de lo anterior: el principio de *abajamiento*, una aplicación en el ámbito de la ética aplicada de algunas nociones que ya nos enseñó Ghandi. Para él era robar consumir más de lo que necesitamos. En muchos casos ni siquiera nos damos cuenta de que nos estamos creando necesidades artificialmente. En un contexto como el señalado,

en un mundo desigual donde hay grandes mayorías que todavía no tienen acceso al bienestar, es obvio que el sobreconsumo es un robo. Y entonces para poder mantener justamente nuestra condición humana, nuestra calidad humana, inevitablemente vamos a tener que dar algo, que perder algo. Vamos a tener que estar dispuestos a que exista un mundo sin exclusión, a sacrificar en parte nuestro propio consumo, nuestra propia calidad de vida. No hay otra salida. Debemos tener en claro la pregunta que subyace tras esto: ¿Cuánto es suficiente? Como decía Ghandi, en el mundo hay suficiente para las necesidades de todos pero no para la codicia de unos pocos. Adela Cortina lo formaliza del siguiente modo: es inmoral consumir algo cuyo consumo no pueda ser universalizado.

En esa perspectiva, hay una cuarta idea que es la que plantea Leonardo Boff: la necesidad de transitar en una ética del cuidado en la cual lo principal es preservar la diversidad. Lo que estamos perdiendo es justamente la diversidad. Se nos ha impuesto una forma de ser humano que es la de occidente. Siguiendo a Boaventura de Sousa Santos: hay una sociedad local, la europea, que se atribuyó el derecho de declarar culturas locales a todas las otras culturas, y al hacerlo se atribuyó el carácter de cultura universal, habiendo sido una cultura específica, surgida en un territorio concreto, con exigencias y requerimientos propios de ese contexto. Y entonces se pretende que vivamos una cultura de prestado. Lo que estamos haciendo con ello es reducir nuestra posibilidad de supervivencia como especie, porque ha sido justamente la diversidad la que nos ha dado la posibilidad de irnos adaptando a cada nicho ecológico, a cada hábitat específico, a cada locus, a cada territorio, la que nos ha permitido crear distintas lenguas, distintas culturas, formas diversas de adaptación a esos ámbitos.

Concluyo con una historia que ocurrió en el extremo sur del continente, específicamente en Chile y Argentina. Había tres etnias –alacalufes, onas y yaganes– que a comienzos del siglo pasado, fines del antepasado, fueron exterminadas sistemáticamente para permitir la explotación ganadera. Se pagaba por oreja; así como el gobierno de Uribe paga por mano, estos pagaban por oreja de indígena. Definitivamente se los exterminó. No quedan sobrevivientes puros de esas etnias. Estos seres humanos habían sido capaces de adaptarse, de adaptar su propia biología, su propia corporalidad a un clima invivible: temperaturas de diez, quince, veinte grados bajo cero, con ventarrones permanentes que tienen entre 50 y 60 km por hora, lo cual hace que la sensación térmica sea diez grados menos. Es decir que estamos hablando de 30 grados bajo cero. Y andaban prácticamente en cueros. Se echaban cueros encima, pero si uno ve las fotos, andaban prácticamente desnudos. Habían desarrollado capacidades para poder soportar el frío. ¿Cómo lo hacían? No lo sabemos. A lo mejor esa adaptación obedecía a su ingesta alimenticia, a que se echaban cierto tipo de aceites, de grasas, a saber. Pero lo cierto es que eso vale oro. Eso muestra la ignorancia enorme, la imbecilidad, la estupidez que nos caracteriza en lo que llamamos nuestra civilización occidental.

Ahora bien, yo creo que posibilidades hay muchas. Pienso que hay que reinstalar en el imaginario colectivo una lógica de la abundancia; tenemos una cantidad enorme de recursos abundantes. Creo que, en definitiva, esta forma de pensar el mundo a partir de la lógica economicista en la que estamos instalados nos hace pensar exclusivamente en términos de escasez y al hacerlo lo que hacemos es invisibilizar una enorme parte de la realidad: todo aquello que es abundante no lo vemos. Y, claro, en algún momento alguien descubre que lo abundante puede ser negocio y entonces inmediatamente lo privatiza y lo transforma en escaso. Los paisajes, por ejemplo. Hay lugares donde los habitantes no pueden ver la línea costera por la cantidad de edificios de departamentos, de condominios o de hoteles. En Puerto Rico, por ejemplo, uno tiene que caminar cuerdas y cuerdas para intentar encontrar una salida a la playa.

Hay una colonización de lo abundante para transformarlo en escaso y de esa manera hacerlo funcional al sistema de acumulación. En definitiva, vivimos en un mundo en el que tenemos que recuperar la mirada que nos haga ver la enorme cantidad de recursos de la cual disponemos. Ahora bien, ¿qué es lo que ocurre? Hay algo que, a mi manera de entender, es el principal hallazgo que he hecho en medio de todas mis reflexiones: lo humano se constituye en una permanente violación de lo que sería la segunda ley de la termodinámica, que nos señala que los procesos son irreversibles, que el universo camina hacia la muerte, hacia lo que sería la homogeneización. La homogeneización es muerte, la diversidad es vida. Lo que los seres humanos hemos construido es fundamentalmente hacer uso de determinado tipo de recursos que hemos denominado en nuestra teoría “recursos sinérgicos”; es decir, todo recurso económico definido por la economía es un recurso que yo pierdo al compartirlo con otros. Es decir, yo te paso a ti un billete: tú lo ganas, yo lo pierdo. Estamos, entonces, instalados en una lógica suma cero.

Sin embargo, los recursos sinérgicos son aquellos recursos que para poder crecer, requieren ser compartidos. Y esa es la lógica de lo humano. Los humanos nos hicimos humanos porque pudimos crear un lenguaje, que es una forma de reconocer al otro, de ver al otro, de comunicarse con el otro; porque creamos formas de cooperación entre nosotros; porque fuimos capaces de desarrollar valores, sentimientos, emociones. Qué es la ciencia sino un acto de compartir con el otro. Lo que diferencia al conocimiento científico del no científico es que expone sus argumentos, sus razones, sus procedimientos. Los hace públicos y de esa manera posibilita la crítica, el enriquecimiento, la información.

En la práctica vivimos utilizando recursos que permiten jugar un juego en el que —a diferencia del juego de la lógica del mercado, de la lógica capitalista, economicista, del juego suma cero, donde uno gana y otro pierde— todos ganamos. Es hora de empezar a hacerlo.